

Carlos CONTRERAS*

John V. Murra (1916–2006), intérprete de la economía andina

El 17 de octubre del año 2006 falleció John Víctor Murra, uno de los más brillantes investigadores de la historia y la cultura de la región andina. Su nacionalidad de origen fue la rumana, pero había radicado desde joven en los Estados Unidos, donde se hizo antropólogo. Como investigador, profesor y conferencista resaltó permanentemente la creatividad y capacidad de los pobladores andinos para aprovechar los recursos —y aun crear riqueza— en un medio geográfico complejo, en el que la opinión ilustrada de hoy solo ve pobreza y gentes a quienes sería necesario educar, capacitar y ayudar, para que puedan valerse por sí mismos. Murra recordaba, en cambio, que fueron esos mismos hombres quienes desarrollaron una cultura sumamente original, que alcanzó una densidad demográfica elevada para el estándar de los tiempos y la envergadura de los desafíos planteados por el territorio.

John Murra estaba retirado desde algunos años en su casa de Ithaca, en los Estados Unidos. Su precaria salud, resultado de sus noventa años y de una vida siempre alineada con los perdedores de este mundo moderno: republicanos en España, indios en América o negros en los Estados Unidos, le impedía ya viajar e investigar, como lo había hecho a lo largo de más de medio siglo. Nacido en Odessa, en 1916, vivió su infancia en Bucarest hasta que, siendo un adolescente, se embarcó a los Estados Unidos, siguiendo a un tío medio gitano que tocaba el contrabajo. En Chicago entró a la universidad, pero poco después marchó a la guerra civil española como soldado, donde, como él mismo lo destacara tiempo después,

* Profesor del Departamento de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Perú y miembro del Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

su dominio del ruso, inglés, francés y castellano era una combinación excepcionalmente útil. La derrota republicana lo hizo volver a los Estados Unidos, donde terminó los estudios de antropología. Tras una fase en la que se orientó a los estudios sobre África, apuntó su interés hacia el área andina. Eran los años en los que en los Estados Unidos se popularizaron los estudios sobre *áreas culturales*. La región andina fue identificada como una de estas y Murra, que ya había estado en Ecuador en los años cuarenta, se alistó entre sus investigadores.

Entre los años cincuenta y ochenta, publicó un conjunto de innovadores trabajos sobre la organización social de las poblaciones andinas, entre los que se recuerda, sobre todo, sus estudios sobre la función social del tejido, la organización económica y social basada en el control vertical de pisos ecológicos, el papel de los curacas o autoridades étnicas en la organización política prehispánica y colonial, así como sus semblanzas sobre una serie de personajes (como Fray Domingo de Santo Tomás o Huamán Poma) que, proviniendo del mundo occidental o del indígena, funcionaron como intérpretes o interlocutores de la cultura andina. Tal vez porque él mismo se reconocía en ellos.

Su ensayo sobre *El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en las sociedades andinas*, publicado originalmente en castellano en 1972, como parte de la edición de las *Visitas* de Huánuco del siglo XVI, marcó un hito importante en la comprensión de la economía de los campesinos andinos. Aunque algunos autores, como el geógrafo alemán Karl Troll, habían adelantado, ya décadas antes, la idea de una adaptación de la economía de los campesinos andinos al territorio rugoso y accidentado de la región, fue el artículo del *control vertical* de Murra el que definitivamente consolidó el modelo.

Según este, los hombres andinos accedían a distintos tipos de bienes, no a través del comercio o el mercado, sino controlando tierras en distintos pisos ecológicos. Las violentas oscilaciones del terreno de la región andina hacen que en un radio de apenas cien kilómetros en *línea de aire*, que es la distancia que un hombre puede recorrer a pie en pocos días, las personas puedan tener un acceso personal y directo a productos de distinto temple. Pescados y mariscos del litoral, algodón y frutas de la costa, maíz y alfalfa de la región quechua, papas y tubérculos de la región suni, lana y animales de pastoreo de

la región de la puna, coca y ají de la yunga, podían así ser controlados por grupos humanos cuya organización social y económica estaba diseñada, precisamente, para asegurar dicho control.

El patrón de asentamiento disperso, que tanto descolocó a los conquistadores hispanos en el siglo XVI, al punto de considerarlo señal de primitivismo y *behetría*, las continuas migraciones de colonos o mitimaes que marchaban a trabajar a las tierras en las alturas o en las tierras calientes, y la dualidad en el sistema de autoridades, con su cacique de arriba y el de abajo, pudieron entenderse entonces como la adecuación de la organización social y política al tipo de economía autárquica desarrollado por el modelo del control vertical.

Un sistema así requirió de una organización política fuerte que pudiera imponer el desplazamiento de las personas por temporadas, que podían ser largas, fuera de su lugar de residencia central. La verticalidad de la organización territorial halló su complemento, así, en la verticalidad de la organización política. La autoridad reemplazó entonces al mercado en el papel de distribuidor de los bienes. La organización social debió también adaptarse a un régimen que debía preservar los derechos en el núcleo central de los colonos destacados en las tierras de las *colonias*.

John Murra fue más dado a escribir artículos que libros. El único libro propiamente tal fue la tesis doctoral que escribió por exigencias académicas. Presentada en 1955, se publicó solo mucho más tarde bajo el título de *La organización económica del Estado inca* (Lima/México D.F.: IEP-Siglo XXI Editores, 1978). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (Lima: IEP, 1975) fue una compilación de artículos que, junto con la tesis antes citada, causaron un notable impacto en los estudios sobre la región andina en los años siguientes. De este último libro, el IEP, conjuntamente con la PUCP, hizo en el 2002, una reedición ampliada y corregida bajo el título de *El mundo andino. Población, medio ambiente y ecología*, en el que se incorporó una docena de nuevos artículos publicados por el autor entre 1975 y el año 2000.

Un elemento novedoso de sus estudios fue la interdisciplinariedad. Bajo el nombre de *Etnohistoria*, creó un enfoque en el que se integraban los métodos del historiador, el antropólogo y el arqueólogo. Uno de

sus méritos fue, así, leer con ojos de antropólogo los documentos y la correspondencia dejada por los funcionarios de la administración virreinal. No se trataba de *Crónicas* históricas hechas para ser leídas por la posteridad, como en las que habían trabajado los antiguos historiadores de los Incas, sino de informes económicos y políticos o de *encuestas* que el Estado colonial aplicaba a los indígenas para su mejor gobierno. Una de sus fuentes favoritas era, por ejemplo, los reportes de Juan Polo de Ondegardo, un asesor del virrey Toledo, gran conocedor de la cultura y el derecho indígenas.

El año 2000 fue la última vez que John Murra visitó el Perú. Vino a despedirse de los muchos amigos, alumnos y colegas que había reunido aquí alrededor de su larga vida; también de una realidad social, con la que había desarrollado un íntimo compromiso. En este sentido fue asimismo un intelectual ejemplar. No se limitó a investigar, en el sentido corriente de contratar asistentes que recolectasen datos que luego él analizaría en su despacho, sino que se preocupó por formar discípulos en las regiones de estudio y crear las instituciones donde ellos pudieran desarrollar luego sus quehaceres. Quizá por haber sido un inmigrante a quien le costó hacerse un sitio en la academia norteamericana, sabía de la importancia de crear espacios abiertos en los que los investigadores pudiesen vivir de su trabajo. En países como el Perú y Bolivia, debió batallar muchísimo para que el Estado o las empresas privadas invirtiesen en el estudio del pasado y la realidad rural. Le gustaba porfiar en esas batallas y disfrutaba mucho con las pequeñas victorias que significaron, por ejemplo, llevar la primera fotocopiadora a Huánuco en los años sesenta o el hecho que la universidad de esa ciudad publicara una de las largas encuestas hechas en el siglo XVI a los campesinos de la región.

Generoso con su tiempo y su saber, Murra dictó cursos en la Universidad de San Marcos a finales de los años cincuenta y, algún tiempo después, en 1964, fundó, junto con varios de sus ex alumnos y colegas sanmarquinos, el Instituto de Estudios Peruanos, bajo la idea de que este centro fuera una sede que concentrase a estudiosos de la historia y la cultura andina. Ahora que su presencia entre nosotros ya no será física, nos quedan sus trabajos y su ejemplo para aprender a valorar lo original y lo propio que hay en la cultura de los hombres andinos, con quienes él nos enseñó a tener un diálogo respetuoso y de iguales.